

Artículo publicado en El Correo el 12 de abril de 2008

En busca de la normalidad perdida

Cuando los sucesos o las afirmaciones se repiten una y otra vez, tendemos a asumirlos como parte de lo cotidiano o a terminar creyéndolas y a normalizar nuestra vida con esas vivencias y creencias. Antes, ver parejas de gemelos era un hecho totalmente extraordinario y ahora, los gemelos y mellizos forman parte del paisaje urbano con tanta normalidad como cualquier otro elemento cotidiano.

Si de política en Euskal Herria hablamos, podemos observar que los límites de la anormalidad asumida como cotidiana, han llegado a extremos que en cualquier otra sociedad de nuestro entorno no se podrían ni imaginar. El hecho más extraordinario es que aquí en Euskal Herria se asesina, o se amenaza con hacerlo, a los que piensan de manera diferente de quienes ejercen el terror y, sobre todo, a las personas que lo manifiestan más públicamente. Sólo por solidaridad, el resto deberíamos tener la obligación moral de convertirnos en esa persona que grita lo que el resto calla. Quizás ésta sea otra de nuestras anormalidades cotidianas: la asunción del asesinato como parte de los asuntos que ocurren en nuestra sociedad: un día asesinan a mujeres, otro día a concejales, etc. Y, como hemos podido evidenciar estos días, una de las anormalidades que suceden con cotidianidad *como si nada*, es el hecho de que una parte de su ciudadanía participa y exige participar con plenos derechos en el sistema democrático, saltándose a la torera una obligación básica de la democracia como es la apuesta por el diálogo y el juego político frente al uso ilegítimo de la violencia y del terror con objeto de tratar de alcanzar unos supuestos objetivos políticos. Violencia y política son el anverso y el reverso de la moneda; nunca pueden ir parejos.

Todas estas anormalidades cotidianas hay que corregirlas y, cuanto antes, mejor. Podemos buscar soluciones legislativas extraordinarias como la Ley de Partidos, pero es posible que las consecuencias de su aplicación no gusten a todos y muchos queden con la duda de hasta dónde se está debilitando el Estado de Derecho. Además, ¿por qué no utilizar lo que tenemos en nuestras manos? Hay principios que están por encima de aplicaciones de la ley o de cuestiones partidistas. Esos principios son los que nos dicen qué está bien y qué está mal; pertenecen al mundo de la moral y de la ética. Así, nos encontramos con que en Arrasate se asesina a un vecino y la posición política y ética de su alcaldesa depende de quién sea el verdugo. Tenemos que empezar a gritar con más fuerza que no se puede aceptar la doble moral de quien condena según sea el ejecutor de la pena de muerte. ¿Se podría entender que otro alcalde en otro pueblo ante un asesinato de un vecino por un grupo de nazis se limitara a expresar sus condolencias a la familia y a explicar el suceso como parte del conflicto de la sociedad en que vivimos? ¿Realmente alguien creería que esa especie de "muestra de humanidad" le libera al alcalde del peso de no posicionarse contra el asesinato de ese vecino? Pesa, sin duda alguna, pesa. Y ese peso lo tienen que notar. Su censurable actuación ética y política debe tener sus consecuencias en el ámbito de la política.

En Gesto por la Paz entendemos que los medios para combatir la violencia de ETA y la generada por todo el entramado que la apoya y justifica, se deben centrar fundamentalmente en desarmar con la palabra y con las actuaciones políticas a todo ese mundo construido en torno al terrorismo. Tienen que sufrir las consecuencias prácticas de la total incompatibilidad entre política y el asesinato. Es hora de que vayan asumiendo sus responsabilidades. La que se presenta en Arrasate es una buena oportunidad para demostrarles que encubriendo y justificando el terror no son dignos de representar a ese pueblo. Es una buena oportunidad para avanzar hacia la normalidad política en Euskal Herria para que sientan en sus poltronas que o se apuesta por hacer política, o se está del lado de quienes asesinan a los que no piensan como ellos; o la palabra, o la violencia; en los dos sitios no se puede estar. Esta es una muy buena oportunidad para, desde nuestras diferencias –algunas incluso políticamente irreconciliables, ¿por qué no?-, hacerles ver que no hay fisuras ante el tiro –o la amenaza de darlo- contra el adversario político. Esta es la respuesta que tenemos en nuestras manos, la más normal desde el juego democrático hacia quien continua justificando y amparando el terrorismo.

Dicen los portavoces de ANV que la condena de un atentado o de la reciente amenaza de ETA no aporta nada. ¿Quién puede creer que la condena a la violencia por parte de ANV es irrelevante? Precisamente su condena supondría el más radical cambio en la coyuntura política y social del momento y, desde luego, una clara apuesta por el fin de la violencia. Sería el enfrentamiento de la palabra y las armas. Para ello hace falta mucha convicción y mucho valor y.... Pero no desesperemos porque llegará el día en que conquistemos la normalidad que una minoría de esta sociedad nos arrebató hace casi 40 años. Ese día, todos, incluso ellos, seremos mucho más libres.

Itziar Aspuru y Jesús Herrero
Miembros de la Comisión Permanente de Gesto por la Paz